

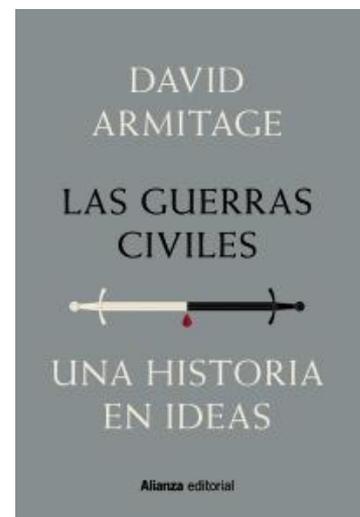
David ARMITAGE: *Las guerras civiles. Una historia en ideas*,
 Madrid, Alianza Editorial, 2018, 320 pp.,
 ISBN: 978-84-9181-050-6

Oswaldo Vartorelli

Universidad Nacional de Entre Ríos (Argentina)

La guerra de los lenguajes¹

¿Se puede escribir una amplia y renovadora historia de las guerras civiles? El presente trabajo de David Armitage viene a dar respuesta a una vacancia en los estudios clásicos de la historia militar. No se trata de una historia de las guerras civiles, sino de la larga y atormentada travesía de una idea. Tampoco es la intención del autor establecer una definición unívoca de la guerra civil. Es interesante que dicha respuesta haya venido de un país cuya historia está marcada por una guerra civil decimonónica. Como han demostrado los estudios de Tom Engelhardt (1995) y H. Bruce Franklin (1988),² la narrativa norteamericana se ha caracterizado por un belicismo desaforado que tiene su origen en el desencanto provocado por la Guerra de Vietnam; las movilizaciones, rebeliones y protestas estudiantiles llevaron a que los contemporáneos más conservadores sintieran que estaban ante los comienzos de una “guerra interior”. Posteriormente, el imaginario de la extrema derecha imprimiría su afición por provocar una “guerra racial”, uno de los móviles de la novela *Los diarios de Turner* (1978), de William Luther Pierce, *best-seller* en las ferias de armas de Estados Unidos. Estas diferentes caracterizaciones derivan de una politización del concepto.



David Armitage es uno de los historiadores más notables que han aparecido en los últimos tiempos. Británico de nacimiento, actualmente se desempeña en la Universidad de Harvard. Alcanzó notoriedad internacional al publicar, en coautoría con Jo

¹ Roland BARTHES: *El susurro del lenguaje. Más allá de la palabra y la escritura*, Barcelona, Paidós, 1987, p. 159. El título está tomado del capítulo de Barthes.

² Véase Tom ENGELHARDT: *El fin de la cultura de la victoria. Estados Unidos, la guerra fría y el desencanto de una generación*, Barcelona, Paidós, 1997. H. Bruce FRANKLIN: *War Stars. Guerra, ciencia ficción y hegemonía imperial*, Buenos Aires, Final Abierto, 2011.

Guidi, la obra *Manifiesto por la Historia* (2014). Sin dudas, una invitación a la renovación de la disciplina histórica. Además del manifiesto se destacan *The Ideological Origins of the British Empire* (2000), *The Declaration of Independence: A Global History* (2007) y *Foundations of Modern International Thought* (2012). En este sentido, Armitage es un historiador eclético e híbrido, sus trabajos dialogan con la historia militar, la historia global y la historia intelectual. Cercano a los exponentes de la Escuela de Cambridge (de hecho su mentor es Quentin Skinner) ha tratado de ampliar la perspectiva de esta corriente. A su vez, su trabajo sigue la senda de otros autores recientes como Darrin McMahon, a los que podríamos agregar a Corey Robin o Enzo Traverso.

El interés de Armitage radica en construir una “genealogía” conceptual de la Guerra Civil. Sin embargo, dicha construcción no trata de buscar o seguir la trayectoria de ideas fuerza inmutables a lo largo del tiempo, pretensión de la vieja historia de las ideas de Arthur Lovejoy. Los significados, variaciones e interpretaciones del concepto han sido tantos como las mismas guerras. Al comienzo del primer capítulo afirma: «La guerra civil no fue un hecho natural, esperando a ser descubierto. Ha sido un artefacto de la cultura humana que tuvo que ser inventado». ³ O citando el mencionado título de Roland Barthes «es la propia sociedad la que construye el lenguaje como un campo de batalla». ⁴ Para poder afrontar este desafío, la tarea del historiador es dar cuenta de la historicidad de las palabras, agrupar y organizar sus usos y abusos en perspectiva histórica. El autor señala el antagonismo metodológico entre los enfoques de larga duración (*longue durée*), priorizados por la Escuela de los Annales, y los análisis sincrónicos y de corta duración de la Escuela de Cambridge. Podría afirmarse que Armitage intenta un complemento entre ambos, al ser éste un trabajo sobre una de las “grandes ideas” del vocabulario político y militar, utilizando un enfoque de larga duración que comienza en la Antigua Roma y llega hasta nuestro presente. El autor defiende tres elementos en esta nueva perspectiva: el carácter *transtemporal*, al rastrear conexiones y diferencias a lo largo del tiempo, y el *contextualismo seriado*, con su identificación de momentos discursivos o de juegos del lenguaje en los cuales se evidencia el uso estratégico de los conceptos, ya sea para construir legitimidad o lo contrario, por parte de los actores. El tercer elemento es determinar la propuesta como una *historia en ideas*, es decir, ideas que se estructuran en el tiempo y que constituyen significados en disputa.

El libro se encuentra organizado en tres partes, con un total de seis capítulos. Esta división obedece a la metodología de Armitage de identificar los momentos discursivos de la guerra civil. El primer y segundo capítulo comienza en la Antigua Roma, lugar y tiempo en el que fue efectivamente inventado el concepto. Ahora bien,

³ David ARMITAGE: *Las guerras civiles. Una historia en ideas*, Madrid, Alianza Editorial, 2018, p. 28

⁴ Roland BARTHES: op. cit., p. 160.

uno de los primeros registros procede de un historiador griego del siglo II d. C., Apiano, cuya descripción de las guerras civiles romanas no tenía antecedentes en la propia cultura griega. En este sentido, Armitage trata de separar la tradición romana de la griega; los conflictos internos de las polis, la “ciudad dividida” en términos de Nicole Loraux (1997),⁵ eran comunes pero sin ser reconocidos como un estado de guerra. Para los romanos tampoco era una situación sencilla. En primer lugar, porque en sus orígenes asignaban a las guerras con el nombre de sus rivales. La guerra siempre involucraba a un enemigo externo. Para la época de Apiano, la situación había cambiado, siendo los conflictos entre los ciudadanos algo habitual. Lo que en sus comienzos era un concepto difuso se transformó en una categoría central: *Bellum Civile*. Los romanos no solo inventaron la palabra, sino que establecieron una suerte de anatomía al analizar sus condiciones de aparición, características y ciclos. La marcha de los ejércitos de Sila sobre Roma configuró diferentes narrativas, en donde eran las propias facciones de ciudadanos las que se enfrentaban por imponer su hegemonía política. Estas narrativas fueron continuadas en los siguientes siglos por historiadores, poetas y políticos como Cesar, Tácito, Plutarco, Apiano, Floro y Agustín.

Los capítulos tres y cuatro dan forma a la segunda parte del libro. Entre los siglos XVI y XVIII, periodo del nacimiento de la modernidad, los pensadores y filósofos europeos construyeron narrativas e interpretaciones de las guerras civiles a partir de los aportes romanos. Según el autor, se podrían reconocer tres grandes relatos: el republicano, el imperial y el cristiano. El primero sostenía que la guerra civil era parte constitutiva de la civilización romana, experiencia que podía llevar a un fortalecimiento de la comunidad. La narrativa imperial, que simpatizaba entre algunos de los defensores del absolutismo, afirmaba que la única manera de solucionar el conflicto era retornando a la monarquía y afianzando al príncipe. La última narrativa era la cristiana y describía la historia romana previa a la adopción del cristianismo como una sucesión de “males” e “infiernos” interiores. El tumultuoso siglo XVIII traería consigo no solo el pensamiento de la Ilustración, sino también el nacimiento de las revoluciones en ambos lados del Atlántico. Esto significó un punto de quiebre para las narrativas romanas, al aparecer en el horizonte el espectro de la Revolución. Se distinguirán dos senderos o grupos de interpretación atravesados por el fervor revolucionario y el miedo ante las transformaciones. Los partidarios de la Revolución realizaron una lectura “superadora” de las guerras civiles, proyectada hacia el futuro y desbordante de optimismo. En realidad, esta lectura no era más que la de una guerra civil exitosa, cuyas implicaciones habían sido borradas. Las guerras civiles fueron consideradas espurias, destructivas e incluso reaccionarias (por ejemplo la guerra de *la Vendée*). En el recorte espacial seleccionado, el autor prioriza el estudio de dos revoluciones (la norteamericana-

⁵ Nicole LORAUX: *La ciudad dividida. El olvido de la memoria en Atenas*, Buenos Aires, Katz editores, 2009.

na y la francesa), dejando de lado otros casos que podrían aportar diferentes matices. Más allá de esta observación, las hipótesis de Armitage son contundentes y sólidas.

El libro se complementa con una tercera parte, organizada por dos capítulos. El siglo XIX se distinguiría por intentar establecer contornos legales para la guerra civil, especialmente en uno de sus acontecimientos bélicos más importantes: la Guerra de Secesión norteamericana (1861-1865). Sería el jurista germano-estadounidense Francis Lieber quien volvería a pensar la normatividad de la guerra civil, con la intención de adaptarla a los patrones civilizatorios. Lieber decía que se trataba de una guerra entre dos o más partes de un Estado, pero su definición también incluía la existencia de una guerra de rebelión. A pesar de redactar y adaptar el código al conflicto –por pedido de Abraham Lincoln–, negaba que se estuviera frente a una guerra civil, al aspirar solo una de las partes a controlar la totalidad del territorio y dar legitimidad al gobierno. Frente al separatismo del sur, la designación más adecuada era la de una guerra de rebelión. Hasta la segunda mitad del siglo XX, el Código Lieber seguiría ejerciendo su influencia legal, siendo un manual de instrucciones y disposiciones en los conflictos al interior de los estados modernos.

La primera mitad del XX daría paso a las guerras más brutales de la historia humana, con millones de muertos y destrucción incalculable de infraestructura. Pero también pondría en tensión al concepto de la guerra civil. Reivindicado tanto por la derecha como por la izquierda, el nuevo concepto de “guerra civil europea” constituiría un nuevo marco analítico. Dicho término serviría para dar continuidad a las dos guerras europeas y para sentar diferentes interpretaciones que irán desde las ofrecidas por economistas de la talla de Keynes hasta la de historiadores como Ernst Nolte. A propósito de esto último, si bien Armitage conoce el trabajo realizado por Enzo Traverso⁶, hubiese sido interesante una mayor cobertura a la trayectoria del concepto y una discusión con la obra del historiador italiano.

Luego de 1945 la guerra civil estaría ligada a la estela de la Guerra Fría y al auge de las ciencias sociales de carácter positivista. Las guerras de descolonización y los conflictos por todo el planeta generaron preocupación en la comunidad internacional y se emprendieron nuevos proyectos para su definición conceptual. Los sucesos de Cuba, Argelia, Vietnam y fenómenos cada vez más recurrentes como la “guerra de guerrillas” introducirían nuevas caracterizaciones, si bien la gran dificultad del periodo será la ausencia de teorías generales y de explicaciones que conformaran a los investigadores. En pleno *boom* de los estudios cuantitativos, Melvin Small y David Singer promovieron una definición cuya premisa fundamental era considerar a la guerra civil un conflicto exclusivamente interno a las metrópolis occidentales, con una base estadística de

⁶ Enzo TRAVERSO: *A sangre y fuego. De la guerra civil europea, 1914-1945*, Buenos Aires, Prometeo, 2009.

1000 muertos anuales. Según Armitage dicha teoría era la peor de todas las posibles y, a pesar de sus sesgo objetivista y neutral, sumamente tendenciosa. Durante las décadas del setenta y ochenta aparecieron otros autores como John Rawls y Michel Foucault, con miradas más enriquecedoras sobre la guerra civil, pero cuya influencia en las organizaciones internacionales fue muy escasa.

En los umbrales del siglo XX y los inicios del siglo XXI se multiplicaron las guerras civiles, mientras los conflictos entre estados experimentaron un retroceso. Sin embargo, las dificultades para su caracterización continúan y las tensiones provocadas mucho más. ¿Cuándo y cómo se debe aplicar el concepto de guerra civil a un conflicto? Armitage sostiene que la aplicación o no del concepto puede definir la ayuda humanitaria (y con ello el destino de las poblaciones) pero también dotar de estatus legal a determinadas formas de violencia.

Para finalizar, las sociedades no están condenadas a sufrir de guerras civiles. Retomando lo dicho anteriormente, son invenciones culturales, no parten de una naturaleza humana. La expresión de “paz perpetua”, pensada por Kant y recuperada por Armitage, todavía es lejana en su consecución pero sigue siendo tan esperanzadora como a finales del siglo XVIII. Mientras tanto, los historiadores deberán seguir profundizando en el pasado de este concepto. Armitage reconoce que otras historias de las guerras civiles deberán ser escritas, para comprender su recepción en otros países por fuera del mundo europeo y anglosajón.